

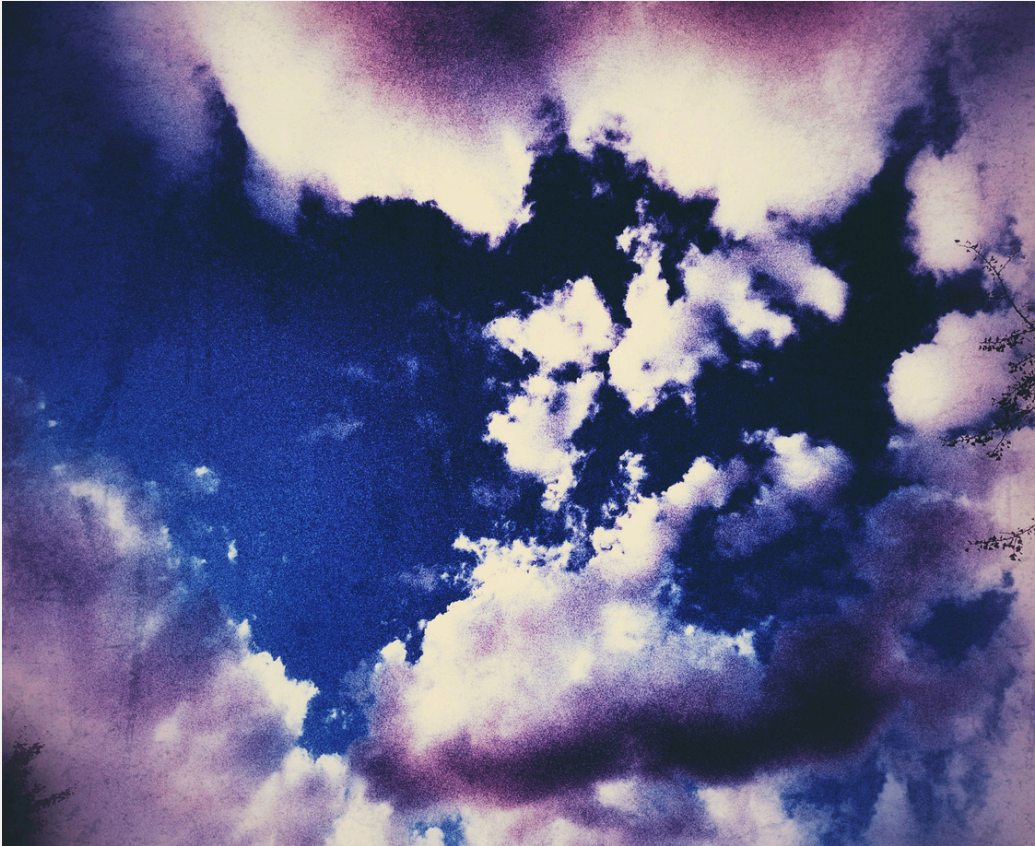
PURPURA

C O M O U N L A 4

Glissando y Ando



EDICIONES DESDE EL BORDE



Púrpura como un LA4

Glissando y Ando

PÚRPURA Como un LA4

Glissando y Ando

Primera edición: Septiembre 2025

Safe Creative

© 2025, Glissando y Ando

© 2025, Ediciones desde el borde

Cuaderno 1

Diseño y maquetación: Ediciones desde el borde

Distribución gratuita

Prohibida su venta

Esta obra se distribuye bajo licencia Creative Commons

BY-NC-ND 4.0 Internacional

(Atribución-No Comercial-Sin Derivadas)

Ediciones desde el borde

Madrid, España

Contacto: desdeelborde@proton.me

www.edicionesdesdeelborde.com



NOTA EDITORIAL

Este cuaderno inaugura Púrpura en La4, una serie de relatos donde la música, la memoria y la percepción se entrelazan para narrar lo que suele quedar en los márgenes.

La historia que abre estas páginas, escrita a dos voces, habla de dos personas neurodivergentes que se reencuentran en el Madrid nocturno. Un relato sobre esos encuentros improbables entre quienes comparten una forma de estar en el mundo, donde la sinestesia no es un recurso literario, sino una manera real de sentir: colores que vibran, sonidos que se vuelven materia, emociones que toman textura.

Aquí, la frecuencia compartida entre dos mentes se vuelve casi un acorde imposible, algo que solo existe cuando ambos coinciden. Pero esa misma intensidad revela sus límites: la vibración que sostiene un instante no siempre alcanza para sostener una vida.

Púrpura en La4 es también una declaración estética: buscar la belleza en lo que desborda, en lo que no encaja en moldes previsibles, y ofrecer al lector un espacio donde reconocerse en otras formas de sensibilidad.

La narración se construye en torno a «Tiene que acabar», de Napoleón Solo, canción que actúa como tercera voz entre los protagonistas, y evoca también «Farewell Transmission», de Jason Molina, como medida temporal de la intensidad emocional.

Para los que sienten demasiado y para los
que entienden que «demasiado» a veces es
la medida exacta.

Estábamos él y yo allí de nuevo, después de meses de ausencia.

Más de 9.000 kilómetros de distancia, unas 12 horas de vuelo directo y un océano.

Nos dimos cita en la sala Nasti, una sala pequeña y oscura en Malasaña donde habitaba la música indie. Un lugar al que se iba a escuchar y poco a encajar.

Era tarde; no pude llegar antes: estaba de nuevo en aquel catering al noroeste de Madrid, el mismo donde tú y yo habíamos coincidido años atrás.

Llegué a Malasaña a las dos de la mañana. Recuerdo el calor húmedo después de la limpieza nocturna: el camión que cada noche lanzaba bocanadas de agua sobre el suelo del centro de Madrid. El agua se me metía entre los dedos de los pies, y yo insultaba en todos los idiomas que conocía por no haberme puesto zapatillas en vez de chanclas. Siempre lo olvidaba.

Era una sensación desagradable que intentaba ignorar pensando en que, después de tantos meses, volvería a verte.

Fingía hablar por teléfono —para no llamar la atención— mientras, en silencio, ensayaba conmigo misma lo que te diría. Pensaba:

Esto se tiene que terminar.

Pero echo de menos tus silencios. Los míos. Los dos dialogando a la vez.

Pero no, se tiene que terminar.

Esto no es bueno, a distancia no puede ser.

Irrumpes en mi vida y la cambias por completo.

No sé si estarás de acuerdo conmigo, pero así no podemos seguir.

Llegué a nuestro punto de encuentro. Los bares empezaban a cerrar y la cola

del bar de siempre, ese que abría cuando los otros cerraban —como nuestras mentes, siempre a destiempo—, ya se formaba.

Y estabas ahí. Sentí un calor que me trepaba a la cara, el mismo que minutos antes me había subido del suelo húmedo tras el paso del camión de limpieza. El corazón se aceleraba y, cuando me estreso, suele aparecer el azul. No es cualquier azul; esta vez era ese que parece una nota grave interminable, de la que quieres taparte los oídos para no oírla, pero no está fuera: está dentro. Me puse entonces unas gafas de sol casi transparentes, teñidas de naranja, para compensar el azul que empezaba a sonar en mi cabeza. Las gafas apagaron ese azul, volviéndolo más soportable, menos hiriente, casi terroso. Y entonces, te vi.

Tu camiseta blanca con rayas azul marino, tus pantalones rojo oscuro. No me viste: tu mirada estaba perdida en el lado contrario. Me detuve, conté tres respiraciones y me acerqué a la fila.

Cuando estaba a unos cinco pasos de ti, ese olor de recuerdos me abrazó antes de que lo hicieras tú. No era perfume: eras tú. Te diste la vuelta y me viste. Ese gesto tuyo cambió de golpe, imposible de disimular aunque quisieras.

Nos quedamos de pie, uno frente al otro, con una distancia prudencial. Nos sonreímos, nos miramos sin decir nada. Yo moví la cabeza de lado a lado, como diciendo «no», aunque no sé bien a qué. Tú te mordías el lateral izquierdo del labio inferior, como queriendo detener con los dientes la sonrisa que asomaba.

Nos abrazamos suavemente, con esas ganas contenidas. Tú, que eras de abrazos breves porque no te gustaba el contacto físico, te fundiste conmigo en un abrazo que duró lo mismo que «Farewell Transmission».

Me aparté y te dije:

—Déjame quitarme las gafas, que quiero ver ese azul poroso.

Dentro del bar olía a madera húmeda, a cerveza derramada sobre la barra, a tabaco que se colaba cada vez que alguien abría la puerta. Era un lugar viejo, como detenido en el tiempo, y quizá por eso nos gustaba: en él nada parecía avanzar, igual que nosotros.

Nos hicimos un hueco en la barra. No había necesidad de hablar enseguida; la costumbre de nuestros silencios nos abrazaba con la misma familiaridad que aquel olor tuyo que aún me rodeaba. El ruido de la gente parecía distante, como si estuviera sumergido bajo agua. Todo lo importante ocurría en ese espacio estrecho entre tu hombro y el mío, apenas rozándose.

—No podemos seguir así —me escuché decir, bajito, como si temiera romper algo más que el aire—. Ninguno de los dos consigue avanzar.

—Ya lo sé —respondiste, y en tu tono había más rendición que resistencia.

No era una discusión. Era constatar lo inevitable. Nos mirábamos y al mismo tiempo evitábamos sostener la mirada demasiado, porque ahí dentro estaba esa frecuencia que no encontrábamos en ningún otro sitio. Ni en amistades, ni en otras parejas, ni en ningún rincón del mundo. Esa vibración exacta que reconocíamos al instante, como un acorde que solo existe cuando estamos los dos.

Pedimos otra ronda. El hielo golpeó contra el cristal como un recordatorio de que el tiempo, fuera, seguía pasando. Dentro, sin embargo, se alargaba y se comprimía a la vez.

—Es como si cada vez que vuelves —dije—, todo lo demás dejara de tener sentido. Y yo no quiero vivir así.

—Ni yo —contestaste. Hiciste una pausa, mordiste otra vez tu labio, como en la puerta. Y añadiste—: Pero tampoco consigo dejar de volver.

El silencio volvió a instalarse. Entonces empezó a sonar esa canción.

*Para los dos es como un día claro
Paramos como un largo viaje
Siempre deseando estar contigo
Siempre esperando a que se acabe...*

El aire se volvió espeso, casi líquido. El sudor en la piel se mezclaba con el olor a cerveza derramada, con el humo que entraba por la puerta. El suelo pegajoso bajo mis sandalias crujía como si quisiera acompañar el compás.

Yo bajé la mirada: el suelo era seguro, predecible, aunque cada baldosa me devolvía destellos de colores imposibles, como si la canción los despertara. Tu azul me acechaba en la periferia, y yo trataba de contrarrestarlo con el naranja de las gafas que aún llevaba colgadas del escote. Azul contra naranja, sonido contra color.

*Y ahora lo sé y tú también
Los dos estamos enganchados
Sé que algo tendrá que pasar un día
Pero no es hoy...*

Tragué saliva. La palabra «enganchados» resonó en mi pecho como un bajo eléctrico: vibraba, me hacía cosquillas dolorosas por dentro. Moví un pie, buscando anclarme al ritmo de la canción, pero todo era demasiado blando, como si caminara sobre agua.

Te vi morderte el labio de nuevo. Esa presión pequeña contenía todo lo que no decías. Quise sostenerte la mirada, pero era demasiada intensidad: me desbordabas. Giré la cabeza y me refugié en el vaso, en el hielo que tintineaba como campanillas metálicas.

Esto es para ti, todas las cosas que tengo

A mí no me sirven en este momento

Yo no sé si tú piensas lo mismo

Pero esto así, se tiene que acabar...

Me temblaban los dedos. Esa frase la había repetido yo sola en la calle, hacía unas horas: esto así se tiene que acabar. Y ahora sonaba fuera, expuesta, pública, como si alguien hubiera sacado mis pensamientos a bailar delante de todos.

—Cada vez que vuelves —murmuré—, el resto del mundo desaparece. Y yo no sé ni quiero saber vivir así.

Tus hombros cayeron, como si te deshicieras un poco.

—A mí me pasa lo mismo —dijiste—. Pero tampoco puedo dejar de volver.

Sentado aquí, viendo pasar el tiempo

Déjame, no te preocupes por nada

Yo me quedo un rato callado en silencio

Intento olvidarlo y exploto por dentro...

Mirabas el suelo. Yo también lo miraba. Era como si ahí abajo estuviera el único refugio posible. Dos cuerpos que se movían al ritmo de las guitarras, evitando cruzar del todo la mirada porque sabíamos que si lo hacíamos, nos tragaría enteros esa frecuencia invisible para el resto del mundo.

El hielo se derritió en mi boca: frío y ardiente al mismo tiempo. La canción era un sabor metálico, como monedas viejas.

*Y ahora no sé, tampoco tú
Los dos estamos abandonados
Pensando el momento de irnos de aquí
Pero no es hoy...*

«Abandonados». Sí. Abandonados de todo, excepto de nosotros mismos. Tus dedos golpearon la barra, como si necesitaras un ritmo para contener la tensión. Yo moví la pierna al compás, un baile mínimo, lejos de tus ojos.

*Esto es para ti, todas las cosas que tengo
A mí no me sirven en este momento
Yo no sé si tú piensas lo mismo
Pero esto así, se tiene que acabar...*

El sudor bajaba por mi nuca como una caricia involuntaria. No sabía si quería que acabara la canción o que se repitiera en bucle hasta el amanecer.

Pero esto así, se tiene que acabar...

El volumen subió un instante y se mezcló con un grito de alguien al fondo. La realidad quería entrar, pero yo solo escuchaba esa insistencia.

Pero esto así, se tiene que acabar...

Entonces levantaste la cabeza. Tus ojos porosos se abrieron camino entre todo el ruido y me sostuvieron sin escapatoria. Y con esa calma que era filo y refugio a la vez, dijiste:

—*Pero no es hoy.*

Estábamos ella y yo ahí otra vez, después de tantos meses de distancia.

Nos dimos cita en aquel garito de siempre. Era tarde, pero ella no podía antes: me contó que ese verano, su precariedad económica la había llevado de nuevo a un catering de bodas pijas en la sierra, el mismo lugar donde, años atrás, nos habíamos cruzado por segunda vez.

Yo llegué pronto a Malasaña. Estaba nervioso, demasiado. Caminé sin rumbo fijo, viendo cómo los camiones limpiaban las calles, lanzando agua sucia que arrastraba colillas y polvo hacia las alcantarillas. Imaginé sus sandalias mojándose, el agua metiéndose entre sus dedos, y pensé que seguro estaría insultando en todos los idiomas que conocía. Sonreí solo, con un nudo en la garganta.

Me apoyé en la pared, fingiendo hablar por teléfono. No quería exponer mi locura, hablando conmigo mismo. En realidad, sí lo hacía, en silencio:

Que no lo diga, que no lo diga.

A las dos apareció. La vi de sorpresa: falda oscura, plisada, gafas naranjas y una camiseta suelta, púrpura, de tirantes. Púrpura como un La4 en mi cabeza, esa nota que se extendía en ondas moradas y la envolvía mientras caminaba.

Se me alteró el ritmo de todo. Sentí primero su olor antes de tenerla delante. Ella caminaba distraída, pero yo la reconocí en cada gesto: la manera de fingir que habla por teléfono, ese pequeño vaivén de la cabeza cuando quiere convencerse de algo.

Se acercó a la fila y, por un instante, no pudo verme. Me mordí el labio, tratando de contener la sonrisa que me estallaba dentro. Y entonces sí: nos

encontramos, sus ojos y los míos. Los suyos, los de siempre: marrones, densos, como tierra húmeda.

El abrazo fue largo. Inusualmente largo para mí, que nunca soporté demasiado el contacto. Pero ahí el tiempo se estiró en glissando. Ella lo notó. Yo también.

—We will be gone but not forever —tararé para relajarme.

Dentro del bar, el ruido era un murmullo de colores que se mezclaban en mi cabeza: amarillo ácido, rojo borroso, fragmentos de verdes intermitentes. Nos apoyamos en la barra. Había silencio entre nosotros, pero no era vacío; era un campo de vibraciones que nadie más podía escuchar.

—No podemos seguir así —dijo, bajito.

Yo asentí, sin protestar. Ya lo sabía. Lo sabía desde siempre.

Que no lo diga, que no lo diga.

Me miraba y después bajaba los ojos. Yo también los bajaba: sostener su mirada era demasiado, como escuchar un acorde que desborda todos los límites de volumen.

—Cada vez que vuelves —añadió—, todo lo demás desaparece. Y yo no quiero vivir así.

Sentí que me temblaban las manos. Respiré hondo y lo admití:

—A mí me pasa igual, pero tampoco consigo dejar de volver.

Entonces la música cambió. Y apareció. Esa canción.

Para los dos es como un día claro

*Paramos como un largo viaje
Siempre deseando estar contigo
Siempre esperando a que se acabe...*

El bar se tiñó de blanco. Blanco intenso, cegador, como si el día hubiera entrado de golpe en mitad de la madrugada. Mis pulmones se apretaron.

*Y ahora lo sé y tú también
Los dos estamos enganchados
Sé que algo tendrá que pasar un día
Pero no es hoy...*

Un azul profundo me atravesó el pecho. *Enganchados*. Exactamente eso. Y mi mantra de golpe se rompió. Ya no servía pensar *que no lo diga, que no lo diga*. Ahora lo estaba diciendo alguien más, esa tercera voz se colaba entre nosotros.

*Esto es para ti, todas las cosas que tengo
A mí no me sirven en este momento
Yo no sé si tú piensas lo mismo
Pero esto así, se tiene que acabar...*

Púrpura y rojo se mezclaron, como si la voz del cantante estuviera dibujando lo que ninguno de los dos quería pronunciar. Yo cerré los ojos, y aún así seguía viéndolo todo.

*Sentado aquí, viendo pasar el tiempo
Déjame, no te preocupes por nada
Yo me quedo un rato callado en silencio
Intento olvidarlo y explota por dentro...*

Sí, era eso. Exacto. El silencio era un grito en color naranja intenso. Sentía una presión insoportable que amenazaba con estallar si

alguien más decía lo obvio.

*Y ahora no sé, tampoco tú
Los dos estamos abandonados
Pensando el momento de irnos de aquí
Pero no es hoy...*

La palabra abandonados me cayó encima como un gris denso. Miré el suelo para huir de ella. Pero en el reflejo húmedo de la barra estaba su perfil, y el gris se volvía cálido.

*Esto es para ti, todas las cosas que tengo
A mí no me sirven en este momento
Yo no sé si tú piensas lo mismo
Pero esto así, se tiene que acabar...*

Tragué saliva. Todo lo que quería aplazar estaba ahí, flotando entre nosotros, con acordes que me pintaban la piel.

*Esto es para ti, todas las cosas que tengo
A mí no me sirven en este momento
Yo no sé si tú piensas lo mismo
Pero esto así, se tiene que acabar...*

Abrí los ojos y la miré de frente. Marrón contra azul. Y lo supe: ese terroso violáceo no lo hacía cualquier azul ni cualquier marrón. Era solo el tuyo y el mío, mezclándose por un instante. Un color imposible fuera de nosotros.

*Y esto es para ti, todas las cosas que tengo
A mí no me sirven en este momento
Yo no sé si tú piensas lo mismo
Pero esto así, se tiene que acabar...*

Me incliné hacia ti y, con un hilo de voz —no sé si tuyo, si mío, si de ambos—
alguien lo dijo:

—Pero no es hoy.

Las letras citadas pertenecen a:

«Tiene que acabar», de Napoleón Solo. © sus autores y discográfica.
«Farewell Transmission», de Jason Molina. © sus autores y discográfica.

Se incluyen aquí con fines culturales y no comerciales.

Recomendamos especialmente el videoclip de «Tiene que acabar», cuyos «estallidos» en suspensión y texturas visuales dialogan profundamente con una parte de la experiencia sinestésica del relato.



elegant

FASHION

mood

PURPURA

